

ROBERTO FLORES ORTIZ. *El amor de las razones. Saber e interacción en la Historia de las Indias de Nueva España de fray Diego Durán*. México: UAM, 1991.

En este libro Roberto Flores nos presenta una interpretación detallada y completa de la obra de Diego Durán. Se trata de un estudio en el que se combinan el análisis semiótico, desprendido de la escuela de Greimas, y la comprensión hermenéutica, que consideramos que le da un buen complemento y la lleva a un punto muy alto.

La labor de análisis semiótico se ve en la cuidadosa consideración de los distintos elementos en juego: la predicación evangélica, que indudablemente enmarca el discurso del misionero historiador, pero además la vertiente escolástica que ostenta este dominico del siglo xvi. Pienso que Roberto Flores subraya bien la indudable presencia de la escolástica tomista en Durán, pero que debe examinar más a fondo la presencia del humanismo en la escolástica del dominico. La escuela de Durán fue el convento de Santo Domingo, de México, al que entró en 1556, un convento muy influido por el de San Esteban, de Salamanca, y también por los colegios de Santo Tomás, de Ávila, y de San Gregorio, de Valladolid, en todos los cuales hubo cierta recepción del humanismo renacentista. Esta recepción es admitida, aunque no ha sido suficientemente estudiada. Y esa vena humanista llega a México y está en alguna medida transmitida y presente en Durán.

Ésa es una pequeña deficiencia que veo en el trabajo de Roberto Flores. Pero veo también numerosos aciertos. Sabe utilizar un instrumental semiótico difícil (el de Greimas), sin que se sienta pesado, pues le impone cierta ductilidad y elegante sencillez. Estudia asimismo conceptos arduos que son imprescindibles para la comprensión de la obra de Diego Durán, como la idea de admiración en la escolástica tomista. Otro tema difícil es el de la analogía, esto es, el del saber analógico, que es el instrumento cognoscitivo para aprehender los atributos de Dios en relación con las cosas creadas. Es un tema semiótico y hermenéutico que resulta de gran interés.

El análisis que hace Flores de las migraciones tribales de los indígenas, según el relato de Durán, nos hace ver que la historia, después de ser un proceso de conocimiento, es una memoria de amor —como él la llama—, en la cual se aplican bien las categorías tomistas. El análisis del relato de las guerras esclarece algunos elementos interesantes de esos hechos, tales como la libertad con la que los mexicanos entraron a Colhuacan y el sentido de las guerras floridas.

Roberto Flores concluye su trabajo diciendo que Durán, en su *Historia de las Indias*, ha sido tributario del tomismo, la filosofía oficial de su orden. Claro que tiene en él su sello particular y llega a ser un idiolecto, por el tono pesimista de su relato. Aunque nacido en España, es criollo por adopción, ya que vino a México muy pequeño. Su idealismo radica en el ideal misionero de América. También dice el autor que algunos han señalado un mestizaje; pero aclara que hay dificultades con su interpretación, la principal de las cuales es que el discurso de Durán es el producto de un pensamiento medieval a punto de morir, de una escolástica que pronto será reemplazada por el humanismo. Flores contrapone el medievalismo con el humanismo naciente, como el ideal misionero con el repliegue de los frailes hacia los conventos, cosa de la que se duele Durán. Pero esta interpretación de Flores, como ya decía antes, no me parece del todo exacta. Había en esos primeros misioneros, ciertamente medievales aún, una presencia del humanismo, que hay que explicar más. Por ejemplo, Las Casas tenía, además de su base escolástica, una buena cantidad de influencia humanista (reconocida ampliamente por M. Bataillon), y no se replegó sin más al convento. Asimismo, fray Diego Valadés fue humanista, y también misionero incansable. Por eso, a los logros y aciertos de Roberto Flores se hubiera podido sumar —y hubiera adornado aún más su estudio— una incursión en la veta humanista de Durán. Había comenzado con Vitoria y Cano; de ellos pasó a Pedro de Pravia, Bartolomé de Ledesma, y de ellos a Tomás de Mercado, todos los cuales lo dejaron impreso en sus discípulos mexicanos del *studium* del convento de Santo Domingo. Claro que no era un humanismo tan logrado como el de Erasmo y Vives, pero era humanismo, al fin y al cabo. Y merece ser estudiado y tomado en cuenta.

MAURICIO BEUCHOT

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*